

ba de su parte para obtener la victoria. Esto era difícil en verdad, porque los realistas, así jefes como soldados, peleaban con encarnizamiento y tanto, que dos ó tres veces rechazaron á los independientes, y para acometer de nuevo y con más brío, era necesario el ejemplo de sus jefes, principalmente de Allende, que siempre buscaba los puestos más peligrosos. En una de estas alternativas hicieron los insurgentes un esfuerzo á consecuencia del que perecieron algunos oficiales de importancia de las tropas reales, habiendo sido herido de gravedad el valiente Bringas, y se acercaron casi hasta el lugar en que se hallaba Trujillo. Tanta audacia por parte de los independientes y aquel inesperado rechazamiento por la de los realistas, produjo en unos y otros una especie de armisticio del cual se aprovecharon Aldama y Jiménez para invitar, no á los españoles, como algunos han creído y aun el mismo Trujillo lo dice así, á los españoles para que se pasasen á sus filas, sino á los oficiales y soldados criollos, haciéndoles entender que la independencia era justa y que servirle al rey de España era la mayor obsecación en que podían caer. No hemos podido saber si Allende aprobó aquel paso ni si por su orden, lo cual es muy probable, pasaron unos comisionados á parlamentar sobre este punto con Trujillo, proponiéndose ofrecerle que como se pasasen las tropas suyas á las de Allende, se le garantizaría la vida á él y á los demás españoles que lo acompañaban; mas en lo que no

cabe duda, es que estando los comisionados muy inmediatos ya á dicho jefe, que no podía ignorar el objeto porque sus propios oficiales lo hicieron salir varias veces de sus líneas, juzgando que eran racionales las insinuaciones de los insurgentes, mandó hacerles fuego y con ellos perecieron más de sesenta, y fué preciso combatir de nuevo y con tanto más arrojo y furor los insurgentes, cuanto habría sido ruín y villano el hecho de Trujillo.

Muchos juzgan que este segundo ataque, violento hasta el extremo, fué el que decidió aquella larga y sangrienta batalla; pero, en nuestro concepto, es un error, porque aunque los insurgentes peleaban con brío, eran muchos los que morían, ya fuese por su mala posición, ya por el necio empeño principalmente de los indios, de apoderarse de los cañones á todo trance, como que de ellos recibían su mayor destroz, ¡oh! el peligro era inminente, supremo. . . . Tal vez á vueltas de una hora el ejército independiente habría sido deshecho después de una carnicería espantosa, perdiéndose los afanes de casi todo el día, pues ya era bien avanzada la tarde. Allende lo conoció así, y entendió que antes que de la fuerza, debía hacer uso de la estrategia. Tendió, pues, la vista sobre las altas cumbres que ocupaban las fuerzas de Trujillo, notó que uno de ellas era, si no más alta que las que tenía el enemigo, era igual de que menos, y se propuso posesionarse de ella para batirle por la retaguardia. La empresa era

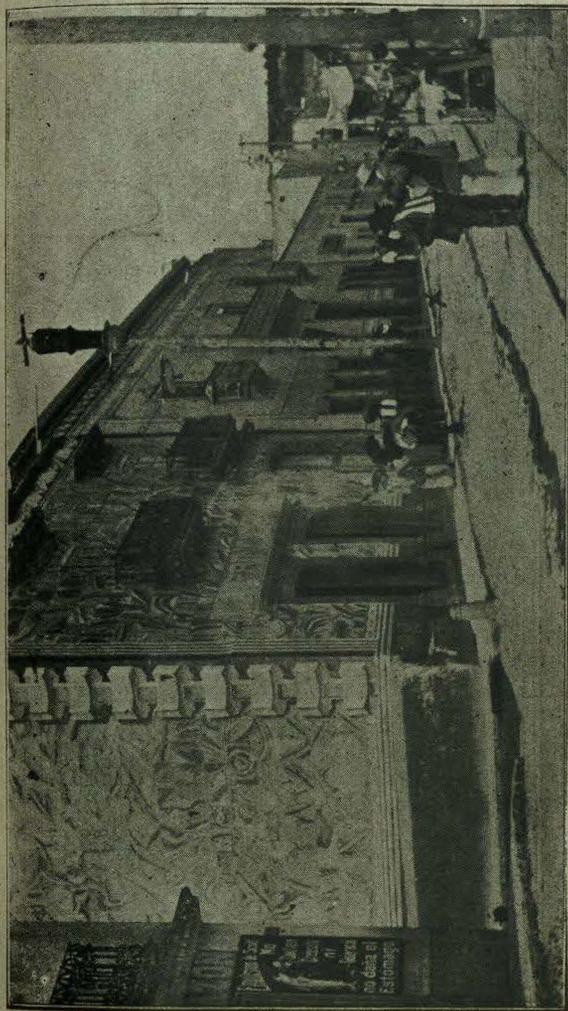
difícil, porque para verificarlo era preciso retirarse de la escena, en cuyo caso la falta de su presencia y la de los soldados que debían acompañarlo, exponían á los que quedaban á ser envueltos con más prontitud, haciéndose inútil aquel movimiento y porque para que no lo advirtiesen los contrarios (en lo que consistía el buen éxito), era también preciso tomar un camino que sobre de áspero, montuoso y quebrado, lo obligaba á dar una vuelta de mucho más de mil pasos. Sin embargo, él adoptó este último partido encargando el mando del ejército á Aldama, y con trescientos hombres de infantería y caballería y un cañoncito de palo que confió á D. Pedro Luna, vecino de esta ciudad, marchó con la celeridad que le era dable hacia la altura que se había propuesto. Sólo á las personas que conozcan aquellas localidades, les será posible comprender el trabajo y los esfuerzos de Allende en aquella corta, pero penosa expedición. Basta decir que en varias partes le fué necesario emplear sus brazos para subir y llevar consigo la pequeña pieza de que hemos hablado poco antes: y quizá tampoco hubiera logrado su objeto, porque al mismo tiempo, aunque por distinto rumbo, se encaminaba Iturbide á la misma cumbre, sin duda por orden de Trujillo, y sólo Dios sabe cuál habría sido el resultado del choque de aquellos dos hombres, tan fuerte y atrevido el uno como animoso y sereno el otro, de aquellos dos hombres que aunque destinados á un propio fin, esto

es, para promover la grande obra de la independencia el uno, y para consumirla el otro, al verse ahora, se habrían avalanzado para despedazarse como dos águilas enemigas; mas las tropas de Iturbide, que se habían intimidado con la matanza de que habían sido testigos, se resistieron á seguir á su jefe, y éste, á su pesar, hubo de volverse á reunir con Trujillo, que no cesaba de batir á los insurgentes, y Allende siguió su camino sin mayor estorbo. Al ocupar la altura que queda indicada, no perdió un momento en su maniobra. Descubrió al enemigo, y enfilando su mala artillería y poniendo en acción todas sus fuerzas, comenzó á atacarlo con la prontitud que estaba á su alcance. Fácil es imaginar la sorpresa de Trujillo y el desconcierto en que instantáneamente entró su ejército, á pesar de su posición que tenían y del daño que estaban causando en la gente de Hidalgo: no creyeron que aquella nueva tropa fuese parte de la que poco antes habían tenido al frente, sino que sería alguna que mandaba de México el Virrey en su auxilio y que se había pasado al bando de los independientes, y en esta inteligencia y en la de que se hallaban colocados entre dos fuegos, ya nadie pensó en la victoria, sino en su propia salvación, de manera que á sola la oportunidad de aquel golpe maestro de Allende y á un error demasiado disculpable de Trujillo, que no podía olvidar la disposición que horas antes le habían manifestado algunos de sus oficiales, y que la misma

podían tener los que vinieran de México ó de cualquiera otra parte, como que toda ó la mayor parte se componía siempre de criollos, fué debido el brillante triunfo que las armas nacionales adquirieron en el puerto de las cruces. Y sin embargo, en la dispersión que hubo de seguirse compañías enteras le hicieron fuego á Allende y esta última resistencia dilató todavía el éxito. En ella murieron algunos soldados de los insurgentes y á Allende mismo le mataron el caballo de un balazo disparado á quemarropa.

La jornada de este día, que concluyó poco antes de las seis de la tarde, causó la pérdida de innumerables criollos, así de parte de los realistas como de los independientes. Se cree que de unos y otros quedaron en el campo más de cuatro mil cadáveres.

Era de opinión D. Ignacio Allende, que después de esta tan señalada victoria, marchase el ejército sobre la capital y por estar demasiado cerca de ella, por aprovacharse del temor de la derrota de Trujillo, debió causar en el ánimo de Venegas, por el entusiasmo que reinaba en las tropas triunfantes desde el principio hasta aquella fecha, por el gran número de adeptos con que contaban en dicha capital y porque tomada ésta por medio de un asalto general, al que no podría resistir la guarnición con que contaba, que no podía pasar de cuatro á cinco mil hombres, se harían de poderosos recursos y haría, si no imposible, de que menos muy difícil la reacción del gobierno vi-



Casa habitación del Teniente General Don Juan Aldama y Calle de San Francisco por donde entro el ejército insurgente

reinal; pero Hidalgo se opuso fundándose, según dice D. Carlos Bustamante, en que como los indios habían sufrido mucho destrozo, estaban acobardados; en que se informó del estado de la fuerza de la capital y temió comprometer un segundo ataque, tanto más cuanto que examinado el estado de su parque de artillería, halló que sólo tenía treinta tiros de bala raza; que temió asimismo que el desorden de aquellas masas le fuera funesto, así porque sería cosa fácil destruirlas, como porque dándose al saco por su indisciplina, desacreditarían enteramente la causa santa de la insurrección. Nosotros respetando los conocimientos militares de Allende y los de todas las personas que sigan su dictamen, juzgamos más prudente el de Hidalgo, porque si bien es cierto que el ejército de Trujillo había sido derrotado y por consiguiente debía ser grande el desaliento del Virrey y de la guarnición de México, también lo es que el de los independientes, á más de hallarse en un malísimo estado, según hemos dicho poco antes, había sufrido un gran desfallo, así como que aunque en la capital hubiese varios adeptos á la independencia, mucho mayor era el número de los que estaban por el gobierno español, ya fuese por el solo hábito de obedecer á éste, pues las ideas perfectas de libertad en pueblos como entonces era el nuestro, ignorante y profundamente preocupado, sólo se adquieren en el transcurso ó después de las revoluciones que las entrañan, pero

Allende.—10.

nunca antes ni mucho menos repentinamente; y ya también por el desconcepto en que habían caído los insurgentes con motivo de los desórdenes que causaban en las poblaciones donde habían entrado (á pesar de los esfuerzos de Allende para contenerlos), lo que no ignoraban los habitantes de México (hablamos de las clases acomodadas), y naturalmente habían de hacer cuanto estuviera de su parte para libertarse de él, acogiéndose y defendiendo al gobierno que los protegía. Además, el Virrey aguardaba la llegada de las tropas realistas que había fuera de la capital, tropas, como después veremos, numerosas y bien equipadas, y tras la entrada de Allende, cuando lo hubiera conseguido, habría sido la suya, originándose una horrosa tormenta en México, en la que probablemente hubiera sucumbido el mismo Allende, Hidalgo, Aldama, Jiménez, Malo, etc., y con ellos para siempre ó por mucho tiempo, el pensamiento de la independencia que tan heroicamente proclamaran, sin que valga gran cosa la reflexión de que otros caudillos la sostenían en algunos puntos del interior del reino, porque éstos, sobre de ser pocos y de pocas fuerzas, su existencia moral estaba vinculada en la material de aquéllos, y de aquí es que faltando la de unos faltaba también la de otros. La nación se conmovía, pero se conmovía al nombre de sus primeros caudillos y á la fama de sus primeras hazañas. No sabemos cuál sería el plan de Hidalgo, pero podre-

mos decir que lo mejor habría sido lo que más adelante anunció Allende, y muy pronto veremos repartir aquel grande ejército en trozos proporcionados; disciplinarlos y atacar constantemente al enemigo con guerrillas hasta debilitarlo y lograr sobre él un triunfo completo, aun cuando habría sido necesario más tiempo, ya que se había pasado el que era oportuno. Mas sea de esto lo que fuere, Allende é Hidalgo en cada lance de importancia quedaban más desavenidos, como sucedió en esta vez y esto hacía cada día más difícil cuando no más imposible el logro de su empresa; por eso después de la victoria de cruces (nada se hizo de importancia á no ser el nombramiento de cuatro comisionados, que lo fueron D. Mariano Jiménez, D. Mariano Montemayor, Carrillo y Carrasco, para que pusiesen en manos de Venegas un pliego cuyo contenido nadie sabe hasta ahora, pero que probablemente contenía una intimación semejante á la que se le dirigió á Riaño en Guanajuato, que no dió más resultado que un desaire para dichos comisionados, pues Venegas no quiso ni aun oírlos, y algunos momentos de alarma en la población de México, donde se esperaba la entrada de Hidalgo, tanto por su proximidad, como por el enojo que debía causarle aquel desprecio tan inmerecido. Allende le dijo en esta ocasión á Hidalgo que ó no se le debía dirigir al Virrey, ó habiéndolo hecho, le convenía obrar conforme á su respuesta; pero Hidalgo se desentendió también

de esta indicación y se dirigió con el ejército primero á Cuajimalpa y después á Ixtlahuala, tratando en esta operación dos ó tres días. En ellos inclinado aún Allende á la entrada de México, se dirigió á varios de sus antiguos amigos y agentes en la misma ciudad, consultándoles sobre el particular y excitándolos para que tomaran tantas medidas juzgasen necesarias al triunfo de la independencia; pero contra sus esperanzas fueron desatendidas sus insinuaciones y aun personas hubo, según dice D. Carlos Bustamante, que intentó despedir á palos al comisionado que se le presentaba. Tal ingratitude é infamia tanta lo disgustaron profundamente, y en consecuencia, creyó que Hidalgo podía tener razón en su opinión de que por entonces no convenía avanzar sobre México como lo deseaba. Ambos se propusieron ocupar á Querétaro, no sólo por ser ésta una de las ciudades principales del reino, sino porque estando en el camino que probablemente habían de llevar las tropas que llamaba el Virrey á la capital, según lo expresaban los pliegos que habían interceptado, convenía batir estas fuerzas, las únicas que á la sazón podían acometerles. Dejémoslos ya en marcha y fijemos por un momento nuestra atención en el nuevo ejército con el que dentro de poco tenían que habérselas.

Hemos dicho que el Virrey informado de la rapidez con que se extendió la insurrección, dió sus órdenes para que inmediatamente se pusieran sobre

las armas las brigadas de Guadalajara y de San Luis Potosí, la primera al mando de Abarca, la segunda al de Calleja, que como acabamos de decirlo, era su jefe. Sólo hablaremos de ésta por ser una de las que operó en la campaña de que nos ocupamos, y no de la otra, que lo hizo en tiempos posteriores. Calleja tuvo noticia de la insurrección desde casi la misma hora en que estalló é igualmente que sus caudillos habían dado orden para que lo aprehendieran (1), lo cual no ofrece nada de particular, atendiendo á la multitud de emisarios que por distintas partes salían para mover las poblaciones, y al convencimiento en que dichos caudillos estaban con especialidad Allende, que lo conocía y había tratado personalmente de ser él uno de los más peligrosos de sus enemigos, por su genial actividad, y nociones militares superiores en mucho á las de todos sus compañeros de armas. Sus primeras providencias, aun sin haber recibido orden alguna de Venegas, fueron, no sólo poner sobre las armas la brigada, sino la mayor parte de los paisanos que mandó traer y que vinieron en el acto de varios pueblos y haciendas de aquella jurisdicción, cuales fueron Valle del Maíz, del de San Francisco, del

[1] Dice D. Carlos Bustamante en una nota "Cuando se dió la voz en Dolores se hallaba Calleja en la hacienda de Bledos, á donde llegó una partida de Hidalgo para prenderlo. Dos horas antes habia salido de allí para S. Luis aprovechandose del aviso que le dieron D. Pedro Meneso y D. José Gabriel Armijo, á quienes distinguió mucho y condecoró en su ejército.

Jaral, de Salinas, Ramos, Ojo Caliente, Venado, Bocas, Espíritu Santo, etc., así como las de levantar numerosas compañías de urbanos, para que guardaran la ciudad y vestir armas; y disciplinar estas milicias, cuyo costo hizo con las gruesas cantidades que pudo proporcionarse desde el principio, pues sólo D. Manuel Acevedo, intendente de la provincia, puso en sus manos cerca de cuatrocientos mil pesos, y Ortiz de Zárate, vecino del Valle del Maíz, otra no menos considerable. Las cosas así y procediendo con tanta más confianza, cuanto que ya había recibido la orden del Virrey para que en unión de Flon, que como hemos dicho, estaba en Querétaro, atacase á los insurgentes, se salió de la ciudad y se situó con todas las fuerzas que pudo reunir, en la hacienda de la Pila, poco distante de San Luis. El monte de sus tropas era de tres mil caballos, seiscientos infantes y cuatro cañones de á cuatro y de á ocho, habiendo dejado en Potosí para su defensa, en caso de ser atacado por los insurgentes (que al fin no se acercaron por haber tenido noticia de la fuerza con que se les aguardaba), trescientos cincuenta infantes armados, una compañía montada de cuarenta hombres y tres compañías de urbanos. Es muy probable y casi seguro, que toda esta gente, sin la presencia de Calleja, diremos mejor, sin su actividad prodigiosa, sin su prestigio, sin la agudeza de su ingenio, habría estado desde luego por la libertad é independencia, cuyo nombre

hacían ya resonar por diversas partes sus paisanos; pero quedaron también desde luego, por el error y la mentira de que Allende é Hidalgo eran enemigos de la patria y de la religión (porque ésta ha sido, es y será siempre, la política de los tiranos), y fueron desde entonces las más fuertes columnas del gobierno peninsular: He aquí la proclama que, estando aún en San Luis, dirigió á sus engañadas ñeustes.

Soldados de mis tropas: os han reunido en esta capital los objetos más sagrados del hombre; religión, ley y patria. Todos hemos hecho el juramento de defenderlos y de conservarnos fieles á nuestro legítimo y justificado gobierno. El que falte á cualquiera de estos juramentos, no puede dejar de ser perjuro, y de hacerse reo delante de Dios y de los hombres. No tenemos más que una religión, y es la católica, un soberano, que es el amado y desgraciado Fernando VII, y una patria, que es el país que habitamos, y á cuya prosperidad contribuimos todos con nuestros sudores, con nuestra industria y con nuestras fuerzas. No puede haber, pues, motivo de división entre los hijos de una propia madre. Lejos de nosotros semejantes ideas que abrigan la ignorancia y la malicia. Sólo Bonaparte y sus satélites han podido introducir la desconfianza en un pueblo de hermanos. Sabed que no es otro su fin, que dividirnos y hacerse después dueños de estos ricos países, que son tanto tiempo el objeto de su ambición.

No podéis dudarle; sabéis los emisarios que ha despachado, las intrigas de que se ha valido y los medios que emplea para llevar al cabo este proyecto.

¿Y permitiremos nosotros que logren sus fines? ¿que venga á dominarnos un tirano y que nuestros altares, esposas, hijos y cuantos bienes poseamos, caigan en manos de aquel monstruo por el medio que se ha propuesto de introducir la discordia en nuestro suelo? A esto conspira la sedición que ha promovido el cura de Dolores y sus secuaces: no hay otro camino de evitarlo, que destruyendo antes esas cuadrillas de rebeldes que trabajan en favor de Bonaparte, y que con la máscara de la religión y de la independencia, sólo tratan de apoderarse de los bienes de sus conciudadanos, cometiendo toda clase de robos, de asesinatos y extorsiones que reprueba la religión, como lo han hecho en Dolores, San Miguel el Grande, Celaya y otros lugares donde han llegado. No lo dudéis, soldados; del mismo modo veréis robar y saquear la casa del europeo y la del americano, la aniquilación de los primeros es sólo un pretexto para principiar sus atrocidades y el peligro en que suponen la patria por parte de aquéllos que tantas pruebas tienen dadas á su religión y patriotismo, es un artificio de que se valen para engañarnos y hacernos caer en el lazo que nos ha preparado el tirano.

Vamos, pues, á disipar esa porción de bandidos, que como una nube destructora, asolan nuestro país, porque

no han encontrado oposición. Si ha habido, por desgracia, en este reino gentes alucinadas y perdidas que, de acuerdo con las ideas de Bonaparte, se hallan atrevido á levantar el estandarte de la rebelión, y que al mismo tiempo protestan reconocer á nuestro legítimo soberano y adorado monarca, niegan la obediencia á las autoridades que nos gobiernan á su nombre, seamos nosotros los primeros que, á imitación de nuestros hermanos de la península, defendamos y conservemos los derechos del trono y limpiemos el país de estos perturbadores del orden público, que procuran derramar en los horrores de la anarquía.

El superior gobierno quiere que tengáis parte en esta empresa, y usando de los grandes medios que están á su disposición, os invita á castigar y sujetar á los rebeldes con el ejército que ha salido ya de México y marcha para su esterminio. Yo estaré á vuestra cabeza y partiré con vosotros la fatiga y los trabajos; sólo exijo de vosotros unión, confianza y hermandad. Contentos y gloriosos con haber restituido á nuestra patria la paz y el sosiego, volveremos á nuestros hogares á disfrutar el honor que sólo está reservado á los valientes y leales. San Luis Potosí 2 de Octubre de 1810.—FELIX CALLEJA
—Este ejército de leales salió el veinticuatro de Octubre de la hacienda de la Pila con dirección al pueblo de Dolores á reunirse con el de Flon, que en ese mismo día, viniendo de Querétaro, entró con el suyo en esta ciu-

dad; mas antes de que lo verifiquen veamos también la proclama que este jefe dirigía á los habitantes de Querétaro, en el momento de salir de esa ciudad: "El conde de la Cadena, comandante en jefe de la primera división del ejército de su majestad el Señor D. Fernando VII (Que Dios Guarde), destinado por el Excmo. Sr. Virrey para aniquilar la gavilla de ladrones que han reunido los dos monstruos americanos, Cura de Dolores y Allende.—A los ciudadanos de Querétaro.—Queretanos: vuestro proceder durante la residencia de mi ejército en esta ciudad: vuestra sumisión á las legítimas autoridades: vuestro empeño y eficacia en defender la ciudad y la buena causa, que me han llenado de satisfacción, y exigen que os corresponda noticiándoos que salgo mañana á convertir en polvo esa despreciable cuadrilla de malvados. Es de mi obligación, y la cumpliré, el instruir al superior gobierno, de vuestra fidelidad; pero algunos genios suspicaces quieren atribuir vuestra docilidad á las fuerzas que tengo en ésta, no pienso yo de esa manera, y en prueba de ello, dejo la ciudad confiada á vosotros y á la guarnición valiente que os queda. Vosotros habéis de ser también los defensores; pero si contra mis modos de pensar sucediese lo contrario, volveré como un rayo sobre ella, quitaré á sus individuos y haré correr arroyos de sangre por las calles.—Querétaro, 21 de Octubre de 1810.—El conde de la Cadena."—Estos documentos, eminentemente

mente históricos, expresan más que cualquiera otra cosa, el genio y carácter de sus autores; Calleja, astuto y falaz; Flon, sanguinario y cruel, y uno y otro, á propósito para que la guerra de independencia fuera, como en efecto lo fué, larga, terrible y sangrienta. Ambos jefes al frente de sus respectivas divisiones, que podrían formar el número de ocho mil hombres, con doce piezas de batir de varios calibres, marchaban el uno hacia el otro y se juntaron en el pueblo de Dolores á las doce del día 28 de Octubre, y ambos también al siguiente, salieron en pos de los insurgentes que en la propia fecha se hallaban en Tlacomulco con dirección á Querétaro, como hemos dicho. (1) Pero antes de que se aironten estos dos ejércitos enemigos, debemos consignar aquí un suceso re-

(1) Flon de paso entró en esta ciudad el día 24 de Octubre poco antes de las tres de la tarde. Desde la vispera se había tenido noticia de su venida, y en su consecuencia, y temiendo como era natural, que con motivo de haber sido de aquí casi todos los caudillos de la independencia, el principal de todos Allende ejerciera algunos actos de violencia y venganza, comenzaron á salirse la mayor parte de sus vecinos ricos y pobres, y los que no pudieron verificarlo por falta de recursos, por impedimento físico ó por causas semejantes se escondieron en las iglesias o se encerraron en sus casas; de manera que á la entrada de la división la ciudad estaba como desierta y sumida en el más triste silencio. Flon extrañó y llevó muy á mal este recibimiento y aun pensó mandar tocar á degüello y arrazar los edificios, pero el cura Dr. D. Francisco Uruga, los padres de la congregación del Oratorio, Unzagas, Cano, Murillo, su recomendable preósito D. Manuel Ignacio Elguera, y los del convento de S. Francisco, españoles los más lo alhagaron recibiendo bajo de palio, lo calmaron y por entonces se limitó á mandar que se

lativo á la persona de D. Ignacio Allende.

Dijimos en el principio de estos apuntes que Allende había tenido un hijo natural, por nombre Indalecio. Este, aunque lo recogió al nacer, lo devolvió poco después á la madre, con la que aunque quizo al fin y por la razón que oportunamente manifestamos, no pudo enlazarse. Sin embargo, como lo reconoció públicamente, llevó siempre su apellido y se encargó de su educación. A los catorce años de su edad entró en el colegio de San Francisco de Sales de esta ciudad, y en él estudió gramática, y habría concluído el curso de artes al que se dedicara con tezon, pero en Agosto de 1810, habiendo salido á vacaciones, no volvió por habérselo estorbado la guerra de independencia, en la que tomó parte con-

abriesen las tiendas y todas las casas. Se alojó en las consistoriales y teniendo allí noticia de que varias señoras se habían ido á refugiar al convento de monjas Concepcionistas, dispuso fuesen extraídas, y que inmediatamente se le presentaran. Una comisión compuesta de sacerdotes y oficiales del ejército, se encargó de ejecutar tal orden, y poco despues se le presentaron en número de veinte y tantas. Las recibió bien de pronto, mas muy luego, poniéndose su gran sombrero montado, paseandose á largos pasos, y colérico, les echó en cara la revelión de sus paisanos, las amenazó y concluyó con exortarlas á que influyeran para que estos depusieran las armas; y pidieran indulto. Todas se portaron con serenidad y aun con resolución manifestando que tan extrañas habían sido para la insurrección como debian serlo en los medios en que se pensara para sofocarla; sobresaliendo en esta conducta y aun llamando la atención las hermanas del cura Hidalgo y la esposa del Lic. Aldama á quienes por lo mismo se escedió en regañar. Mientras esto, la tropa no perdió tiempo saqueó la casa del coronel D. Narciso

tra la voluntad de su padre, y puede decirse que por una mera fatalidad. Indalecio estaba en el secreto de Allende, respecto de la insurrección; y en verdad que nunca y á nadie debió revelarlo, como no lo reveló ninguno de los demás iniciados ó comprometidos en él; pero era joven aún (á la sazón no tenía más que veinte años), amaba con ternura á la madre, y en un momento de debilidad hubo de confiárselo. El resultado era tan seguro como tan natural. La madre temió que Allende querría llevárselo consigo, entendió que su vida quedaba muy expuesta, y lo mandó con el pretexto de las vacaciones al pueblo de Santa María del Río, con el cura de allí, D. N. Camiño, encargándole que no le dejara separarse de su lado, hasta en tanto que ella misma lo dispusiera. Así pasaba el

de la Canal, la de D. Ignacio Allende, las de los Aldamas D. Ignacio y D. Juan; la de D. Juan Ma. Lanzagorta, y en su totalidad la tienda de D. Julian Balderrama, siendo de consideracion el robo de la de Canal, no solo por el dinero y muebles que en ella había, sino por la casualidad de estar entre las suyas, varias y muy ricas alhajas de N. Sra. de Loreto, con especialidad un bejuco chino de oro guarnecido todo de pequeños diamantes (con el cual, segun hemos oido decir, se quedó al fin Calleja, bajo el pretexto de que era á propósito para regalárselo á la Sra. Virreyna) y no menos el de cosa de treinta mil ps. de las arcas de dicho convento de monjas, pertenecientes á varios vecinos que los habían depositado allí, considerando los seguros por la respetabilidad del lugar. Al tercer día salió Flon pa. Dolores, y al siguiente las hermanas de Hidalgo y Aldama á quien alcanzaron en la hacienda de Teponango con direccion al punto donde se hallasen los gefes del ejército independiente. Todos se reunieron en Aculco la víspera del ataque en que todos tambien fueron dispersados.

tiempo, pero llegó el 16 de Septiembre, sonó la voz de independencia, y dicho cura, temiendo que la compañía de Indalecio lo comprometiera de algún modo, lo mandó, sin avisarlo á nadie, á la casa de D. José Gamiño, tío materno suyo residente en Irapuato, y en ella permaneció hasta fines de Octubre. En el entretanto, y con motivo de la noticia de que el ejército de los independientes se acercaba á México, así como que dentro de breves días podrían reunirse en esta ciudad los dos Generales Calleja y Flon, la mayor parte de las familias principales de ésta, cuando no todas, se salieron en pos de dicho ejército, cuyos triunfos también se sabían. Entre ellas iba la del señor D. Miguel María Malo, de quien hemos hablado anteriormente, siendo doble el motivo de su salida, pues á la vez que deseaba ver á su hermano D. Luis que, como hemos dicho, acompañaba á Allende, quería también anticipar su llegada á México, con el objeto de poner en salvo, lo cual le era fácil por la grande influencia que tenía en todos los generales la persona é intereses de su primo el Mariscal de Castilla, en el caso de que entrando dicho ejército saqueara en aquella ciudad como lo había hecho en otras. Su camino debió hacerlo por Querétaro como más breve con dirección á México; pero atendiendo al peligro de encontrarse con las tropas de Flon, y con la esperanza de ver á su hermano en Acámbaro, hizo que tomara el del bajío ó sea el de Valladolid. En esta ocasión empezó la fatali-

dad á ejercer su influjo contra Indalecio; porque habiéndose hospedado el señor Malo en las inmediaciones de Irapuato, lo encontró en el mesón en unión de D. Antonio Jara, vecino de esta ciudad, á quien el día anterior lo había encomendado D. José Gamiño para que lo entregase á la madre, puesto que al parecer ya no había peligro de que se lo llevara Allende, muy lejos de aquí y embebido en los asuntos de la insurrección, y animándolo que iba á alcanzar el ejército, se resolvió á acompañarlo, sin que fuesen bastantes para hacerlo desistir, ninguna de las reflexiones que á ese fin se le hicieron. Indalecio, que quería ver á su padre, que valiente como él, quiso correr su propia suerte, quiso también, unirsele donde quiera que lo hallase, y así se lo manifestó al Sr. Malo, con el que se acompañó desde allí hasta Tlacomulco, donde estaba Allende. Fácil es comprender el placer con que ambos se verían y se estrecharían entre sus brazos. Volvamos la vista á los dos ejércitos beligerantes. El de Calleja, el primero de Noviembre entró á Querétaro, el tres fué á la Estancia, el cuatro á San Juan del Río, el cinco á San Antonio, el seis á Arroyosarco y el siete á Aculco. El de Hidalgo, como hemos dicho, marchaba sobre Querétaro, acampó en la noche del día seis en las inmediaciones de dicho pueblo, y sabiendo la aproximación del contrario, se dispuso al combate.

En esta vez como en la acción de cruces, debía haberse encargado del